

Isaac Asimov

Los Estados Unidos desde 1816 hasta el final de la Guerra Civil

Historia Universal Asimov



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Our Federal Union – The Union States
from 1816 to 1865*

Traducción de Néstor Míguez

Primera edición: 1983

Tercera edición, con traducción revisada: 2012

Cuarta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Alexander Gardner: *Retrato de Abraham Lincoln* (1863)

© Index / Bridgeman

Selección de imagen: Laura Gómez Cuesta

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Asimov Holdings LLC. World rights reserved and controlled by Asimov Holdings LLC.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1983, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-7182-6 (T. 13)

ISBN: 978-84-206-5082-1 (O. C.)

Depósito legal: M. 8.680-2012

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	1. El comienzo de la división
47	2. Colonias y aranceles
73	3. Andrew Jackson
111	4. Fronteras inestables
142	5. De mar a mar brillante
182	6. El último compromiso
215	7. El camino del enfrentamiento
246	8. La Unión se divide
280	9. Comienza la guerra
310	10. La furia en ascenso
342	11. Robert E. Lee
378	12. Ulysses S. Grant
411	Cronología
425	Índice analítico

*A Steve Odell y Victor Serebriakoff,
quienes pusieron la historia
más cerca de mí*

1. El comienzo de la división

Unionismo contra derechos de los estados

En 1816, los Estados Unidos celebraron el cuadragésimo aniversario de su Declaración de Independencia. En esos cuarenta años, habían arrancado esa independencia a Gran Bretaña por la fuerza de las armas, y luego habían elaborado una Constitución que establecía una compleja forma federal de gobierno, por la cual los estados cedían lo necesario para formar un gobierno central lo bastante fuerte como para llevar el control de la nación.

Pero la naturaleza exacta del federalismo así establecido seguía en disputa. ¿Cuánto poder, exactamente, habían cedido los estados? ¿Cuánto poder, exactamente, había obtenido el gobierno federal? En caso de discrepancia sobre si un determinado poder correspondía a cada estado en particular o al gobierno federal, ¿quién debería decidir?

Sin duda, existía una Constitución escrita de forma clara, pero sus palabras podían ser matizadas e interpretadas en diferente sentido. Algunos sostenían que los estados eran la autoridad última y que los derechos básicos eran esencialmente los suyos, mientras que la Unión Federal de los Estados sólo poseía aquellos derechos otorgados por la Constitución específicamente. De quienes defendían esta opinión puede decirse que se pronunciaban por los derechos de los estados.

Por otro lado, estaban aquellos que sostenían que, si la Unión Federal había recibido ciertos derechos, era natural suponer que también había recibido implícitamente poderes que permitían poner en práctica esos derechos. Para ellos, la Unión tenía todos los derechos posibles excepto los que la Constitución le prohibía y reservaba a los estados. Podemos llamar «unionistas» a quienes así pensaban.

En aquellos tempranos años, posteriores a la adopción de la Constitución, se formaron dos partidos. Uno de ellos era el Partido Federalista, el cual, como indica su nombre, creía en una Unión Federal poderosa y era de filosofía unionista. El otro era el Partido Demócrata Republicano, que defendía los derechos de los estados.

Durante 12 años los federalistas estuvieron en el gobierno, bajo los presidentes Washington y Adams, y el rumbo de la nación tomó la dirección de una centralización creciente y una unión cada vez más fuerte. Siguió 16 años de gobierno demócrata republicano, bajo los presidentes Jefferson y Madison, y aunque los Estados Unidos adquirieron un espíritu más democrático en esos años, las realizaciones del federalismo no fueron anuladas.

Bajo los primeros cuatro presidentes, Estados Unidos pasó por un difícil período de revoluciones y guerras en Europa, y luego sobrevivió a una segunda contienda contra Gran Bretaña, la Guerra de 1812, en la que Estados Unidos no obtuvo ninguna victoria clara, pero tampoco sufrió ninguna derrota evidente*.

Y ahora, en 1816, la lucha parecía haber terminado. Europa estaba en paz, lo mismo que Estados Unidos. Un bien acogido velo de paz parecía haber caído incluso sobre la lucha partidista interna. El Partido Federalista había sido mortalmente herido durante la Guerra de 1812 porque parecía haber abrigado intenciones que se consideraban traidoras, y después de terminada la guerra eran cada vez menos los que se declaraban federalistas. Al parecer, la nación se estaba volviendo totalmente democrata republicana.

Pero esto no significaba que todo el mundo estuviera de acuerdo en todo. Todos podían decirse demócratas republicanos, pero algunos deseaban una Unión más fuerte y otros defendían los derechos de los estados. Extrañamente, aunque fue el partido defensor de los derechos de los estados el que ganó y sobrevivió, su ala unionista, en los días que siguieron a la guerra, se convirtió en la más fuerte.

Y así se evidenció en la cuestión de la existencia de un banco nacional. En 1791 se había creado el Banco de los Estados Unidos a sugerencia de Alexander Hamilton, el primer secretario del Tesoro y el más brillante de los fe-

* Detalles sobre el período temprano de la historia de nuestra nación se hallan en mi libro *El nacimiento de los Estados Unidos* (Madrid, Alianza Editorial, 2012).

deralistas. Los demócratas republicanos se sintieron alarmados, pues lo consideraban un medio por el cual los inversores extranjeros, en combinación con los representantes de los intereses comerciales del Noreste, podían someter al resto de la nación.

En 1811, pues, cuando expiró el plazo de 20 años fijado al Banco, los demócratas republicanos –entonces con un completo control del gobierno– no lo renovaron, y el Banco de los Estados Unidos dejó de existir.

Pero su inexistencia debilitó la estructura financiera de Estados Unidos e hizo considerablemente más difícil para la nación llevar adelante con eficiencia la Guerra de 1812. Después de la contienda, pues, el ala unionista del Partido Demócrata Republicano decidió tratar de corregir lo que para ellos había sido un error.

En el último año de la guerra, el presidente Madison, preocupado por la creciente desorganización de las finanzas americanas y la práctica bancarrota del Tesoro, nombró a Alexander James Dallas (nacido en Jamaica en 1759 de padres escoceses) secretario del Tesoro. Dallas inmediatamente persuadió al Congreso de que votase mayores impuestos, mejoró el Tesoro y recomendó la creación de nuevo del Banco de los Estados Unidos.

Los esfuerzos para crearlo empezaron de inmediato en el Congreso, y la lucha fue conducida por un brillante joven miembro del Congreso, John Caldwell Calhoun (Carolina del Sur, 1782), quien en 1811 fue elegido miembro de la Cámara de Representantes, donde inmediatamente se destacó como uno de los principales «halcones de la guerra», como se denominaban los que deseaban la guerra con Gran Bretaña.

También entre los halcones de la guerra estaba Henry Clay, de Kentucky (Virginia, 1777). Clay había participado en la política de Kentucky desde que viajó por primera vez al Oeste, a este estado concretamente, a la edad de 23 años; había sido miembro del Senado en dos ocasiones. En 1811 renunció a su escaño en el Senado a fin de presentarse a las elecciones para la Cámara de Representantes (considerada por entonces la rama más prestigiosa del Congreso).

Así como Calhoun y Clay habían trabajado para provocar la Guerra de 1812, también ahora, después de la guerra, actuaron juntos en el ala unionista del partido para crear un nuevo Banco de los Estados Unidos. Calhoun presentó el proyecto de ley para su creación, y Clay trabajó para hacerlo aprobar.

Entre los que se oponían al proyecto estaba Daniel Webster (New Hampshire, 1782), quien había entrado en la Cámara de Representantes en 1813. Nueva Inglaterra había sido desafecta al resto de la Unión durante la Guerra de 1812, y los restos de ese descontento dejaron en Webster algunos persistentes rastros de sentimientos favorables a los derechos de los estados.

El 10 de abril de 1816, el proyecto fue aprobado y se creó el segundo Banco de los Estados Unidos con una carta que mantendría su validez por 20 años. La mitad de su capital de 35 millones de dólares fue proporcionada por el gobierno, que también designó a la mitad de sus directores. El resto se hallaba en manos privadas. Al igual que el primer Banco, el segundo también tuvo su sede central en Filadelfia. Las operaciones comenzaron el 1 de enero de 1817.

Los defensores de los derechos de los estados no estaban totalmente derrotados. Pero los estados podían emprender acciones. En Maryland, por ejemplo, se aprobaron leyes que exigían duros impuestos a la sección del Banco que se había establecido en Baltimore. El Banco se negó a cumplir con esas leyes, alegando que eran inconstitucionales, y en 1819 la disputa llegó al Tribunal Supremo.

El presidente del organismo era John Marshall (Virginia, 1755). Había sido nombrado para el cargo por el presidente John Adams en 1801 y era un declarado y obstinado federalista. Aunque el Partido Federalista había desaparecido y sus miembros habían muerto o se habían retirado –o convertido–, Marshall estaba vivo y activo, y era tan federalista como siempre.

El caso llegó al Tribunal Supremo como la causa «McCullough contra Maryland», pues James McCullough era el cajero de la sección de Baltimore que se había negado a obedecer la ley de Maryland.

Daniel Webster se había vuelto lo bastante unionista como para ser uno de los abogados defensores del Banco. El Tribunal Supremo escuchó los argumentos que se presentaron, y entonces Marshall anunció una de las decisiones judiciales más importantes de la historia americana.

Adoptó la posición unionista de los poderes implícitos. El gobierno federal tenía poder para crear un banco, dijo, aunque la Constitución no lo expresara de manera concreta, porque para gobernar con eficiencia debía disponer de tal poder si lo juzgaba necesario, y la Constitución no decía específicamente que no pudiera hacerlo.

Además, puesto que el gobierno federal podía crear el Banco, esto significaba que ningún estado podía destruirlo, lo cual, a su vez, significaba que ningún estado podía cobrarle impuestos, pues, decía Marshall, «el poder de cobrar impuestos es el poder de destruir». Yendo aún más lejos, Marshall sostenía que el gobierno federal no era responsable ante los estados, sino directamente ante el pueblo.

Así como el Banco estaba destinado a fortalecer internamente la economía americana, otra medida tomada aproximadamente por la misma época apuntaba a la situación externa. La intención era limitar la dependencia americana de productos manufacturados en el exterior a fin de estimular la industrialización doméstica. Esto podía lograrse mediante un arancel o impuesto sobre los artículos importados.

Los aranceles estaban, claramente, dentro de los poderes que la Constitución otorgaba a la Unión Federal, pero el propósito original de este impuesto sobre las importaciones era simplemente el de elevar los ingresos. De ahí que los aranceles eran por lo general tan reducidos como fuera posible, puesto que si eran demasiado elevados podían interrumpir totalmente el comercio, con la consiguiente disminución de las rentas.

Pero ahora el propósito era limitar el comercio. Si los aranceles eran tan elevados que los productos importados se volvían demasiado caros para que los comprasen los americanos, éstos se verían obligados a adquirir productos de fabricación interna, aunque no fuesen de tan buena calidad. En ese caso, las fábricas americanas serían inundadas por los pedidos, aumentarían su produc-

ción, se expandirían y mejorarían la calidad de sus productos; la consecuencia era que todos los americanos mejorarían su nivel de vida.

Puesto que tal arancel estaba destinado a proteger productos americanos como el cuero, el papel, los sombreros, los textiles, etc., de la competencia por parte de sus equivalentes más adelantados del exterior, fue llamado «arancel protector». Nuevamente, Calhoun y Clay se mostraron enérgicamente a favor de él, y el arancel de 1816, la primera tarifa proteccionista de la historia de la nación, se convirtió en ley el 27 de abril. Fue otra victoria unionista.

Clay y Calhoun actuaron también en otra dirección. La Guerra de 1812 había demostrado que la nación tenía serias dificultades para desplazar sus ejércitos a través de su enorme y subdesarrollado territorio. Y lo que era problemático para los fines de la guerra, también lo era para el comercio; la falta de caminos en las regiones solitarias limitaba la prosperidad y también obstaculizaba la eficiencia de las acciones del gobierno federal.

Clay, por ello, propuso lo que llamó el «sistema americano» (con referencia a toda la nación, y no ya a uno u otro estado concreto). Propuso «mejoras internas», un sistema completo de caminos, puentes y canales por el que las personas y los bienes pudieran trasladarse de una parte del país a otra. Esto no podían hacerlo los estados por separado, puesto que habría sido casi imposible asegurarse la cooperación de todos, y algunos estados eran menos ricos que otros. Tenía que hacerlo el gobierno federal.

Calhoun trató de hacer aprobar un proyecto de ley por el cual se recaudaría dinero para este fin, dinero que de-

bía ser administrado por el Banco de los Estados Unidos. El proyecto fue aprobado por el Congreso, pero el presidente Madison, que era un defensor de los derechos de los estados, lo vetó, pues pensó que el gobierno federal adquiriría un poder excesivo si el proyecto se convertía en ley.

Aunque el sentimiento unionista era fuerte después de la Guerra de 1812, y aunque la decisión de Marshall en la causa «McCullough contra Maryland» había sentado las condiciones para un gobierno federal fuerte, el bando defensor de los derechos de los estados no estaba derrotado. Tenía sus partidarios, y en ocasiones, como en el caso del veto de Madison, sus victorias. De hecho, en los cuarenta años siguientes, el enfrentamiento entre el unionismo y los adeptos del derecho de los estados se haría cada vez mayor, y con el tiempo llegaría a estar al borde de destruir la nación.

El curso de este enfrentamiento, y el modo en que los Estados Unidos difícilmente lograron sobrevivir a la crisis que provocó, constituyen el tema de este libro.

Continúa la «Dinastía de Virginia»

El año 1816 no fue solamente el año de la creación del Banco y del arancel proteccionista. Fue también un año de elecciones. James Madison, cuarto presidente de los Estados Unidos, estaba en el último año de su segundo mandato.

Era un virginiano, nacido en el estado que había sido la colonia más antigua, la más populosa y, a sus propios

ojos, con mucho, la más importante. De hecho, de los primeros cuatro presidentes de Estados Unidos, tres (Washington, Jefferson y Madison) habían sido virginianos, y cada uno había tenido dos mandatos. La única interrupción se había producido con la presidencia de un solo mandato de John Adams.

Madison favoreció la permanencia de la «Dinastía de Virginia» y apoyó a James Monroe (Virginia, 1758), que había combatido en la Guerra Revolucionaria y había resultado herido en la batalla de Trenton. Íntimo amigo de Thomas Jefferson, Monroe era un firme defensor de los derechos de los estados; había figurado entre los que negociaron la Compra de Luisiana bajo Jefferson, y fue nombrado secretario de Estado bajo Madison, en 1811, cargo en el que permaneció hasta la conclusión del mandato de éste.

Cuando los miembros demócratas republicanos del Congreso se reunieron para elegir un candidato, no todos estaban de acuerdo con Monroe, quien, cuando había representado a la nación en Francia y otros lugares, había ido en alguna ocasión más allá de sus poderes de un modo precipitado. Los miembros más jóvenes eran partidarios de elegir a William Harris Crawford, quien también era virginiano de nacimiento (1772), pero su familia se había trasladado a Georgia, y en 1807 había sido elegido senador por dicho estado. En 1815 entró en el gabinete de Madison, primero como secretario de Guerra, y más tarde, como secretario del Tesoro.

Pese al apoyo presidencial a Monroe, y al hecho de que Crawford no hiciera campaña electoral, Crawford obtuvo 54 votos, frente a 65 de Monroe. La prueba de

que la popularidad de éste no era abrumadora no alteraba el hecho de que Monroe fuera el candidato demócrata republicano en un año en el que el candidato de este partido no podía perder. Para equilibrar la candidatura (es decir, para tener dos candidatos de diferentes partes de la nación) se eligió como candidato a la vicepresidencia al gobernador de Nueva York, Daniel D. Tompkins (Scarsdale, 1774).

Los federalistas que quedaban en el Congreso eligieron como candidato presidencial al neoyorquino Rufus King (que se había presentado sin éxito como candidato a vicepresidente en 1804 y 1808). Para la vicepresidencia, eligieron a John Eager Howard (Maryland, 1752), un veterano de la Guerra Revolucionaria, en la que fue herido, y que había servido a su estado como gobernador y senador.

En sentido estricto, no hubo lucha. Los federalistas sólo podían ganar en Massachusetts y Connecticut; todos los demás estados votaron a los demócratas republicanos. Monroe recibió 183 votos electorales contra 34 de King, y la «Dinastía de Virginia» continuó.

El Decimoquinto Congreso fue elegido al mismo tiempo; en el Senado, los escaños demócratas republicanos sumaban 34, por 10 de sus oponentes, mientras que en la Cámara de Representantes eran de 141 a 42.

El crecimiento de la nación continuó. El 11 de diciembre de 1816, Indiana entró en la Unión como estado decimonoveno. Como territorio, había recibido su nombre antes de la época de la Compra de Luisiana, cuando era la región de las tribus indias mejor organizadas que quedaban en suelo americano.

En los tres años siguientes, otros tres estados se añadieron a la lista. Misisipi, en las orillas orientales de los tramos inferiores del río de igual nombre, ingresó como el vigésimo estado el 10 de diciembre de 1817; Illinois, como estado vigesimoprimer, el 3 de diciembre de 1818, y Alabama, como vigesimosegundo estado, el 14 de diciembre de 1819. «Illinois» y «Alabama» son versiones de los nombres dados a estas regiones por las tribus indias.

El continuo incremento del número de estados hizo que fuese necesario modificar la bandera americana. Como estaba muy difundido el sentimiento de que el número de bandas y estrellas debía reflejar el número de estados, el dibujo original de 13 franjas y 13 estrellas había sido aumentado a 15 después de la admisión de Vermont y Kentucky. Pero estaba claro que no se podía aumentar más el número de franjas, pues si se introducían 11 franjas rojas y 11 franjas blancas para reflejar la situación existente a finales de 1819, la bandera se vería a distancia como una mancha uniforme de color rosa. Por ello, el 4 de abril de 1818 se decidió fijar el número de franjas en 13 (7 rojas y 6 blancas) y aumentar solamente el número de estrellas, a medida que aumentase el número de estados. Desde entonces, se ha mantenido esta regla.

El censo de 1820 reveló que la población de Estados Unidos era de 9.638.453 personas, un incremento de dos veces y media sobre la cifra del primer censo, en 1790, sólo tres décadas antes. Nueva York y Filadelfia superaban los 100.000 habitantes.

Los barcos de vapor comenzaron a navegar por el río Misisipi y los Grandes Lagos; el primer barco de vapor

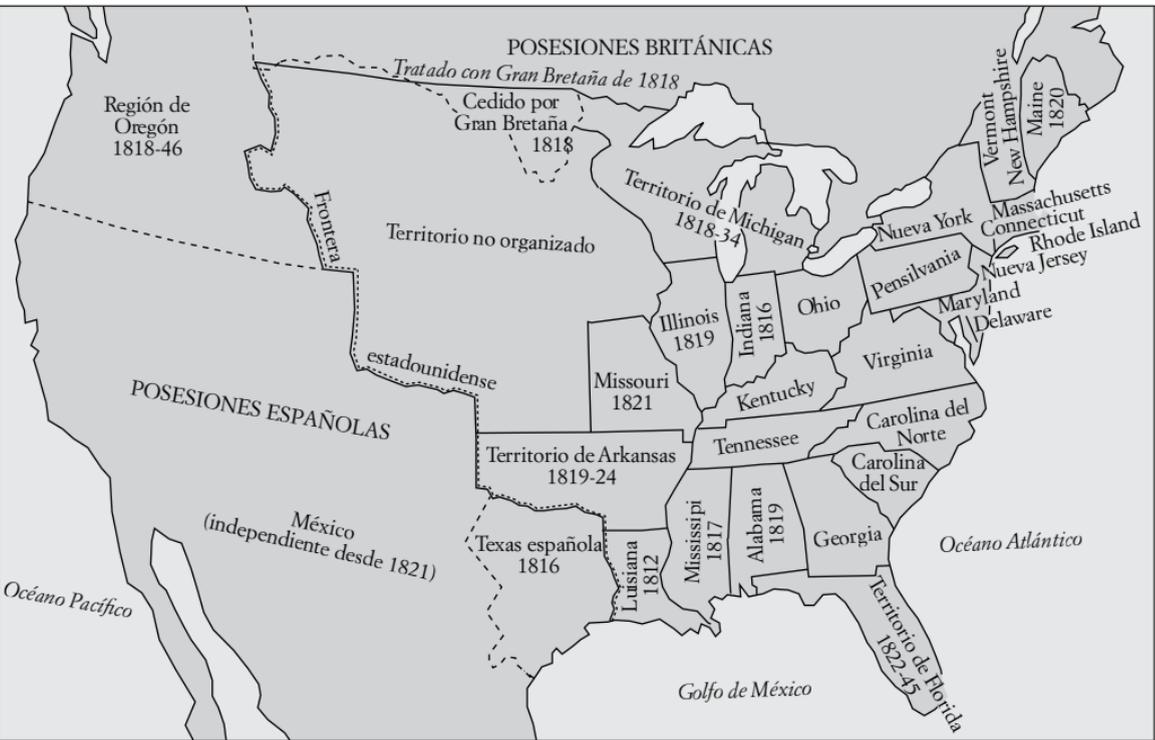
que cruzó el Atlántico fue americano: el *Savannah*, que hizo el viaje en 1819.

Aunque el gobierno federal no podía financiar estas mejoras internas, varios de los estados sí lo hicieron. Nueva York, en particular, empezó a construir un canal del lago Erie al río Hudson, de modo que se extendiera una vía acuática continua a todo lo largo de los Grandes Lagos que llegara hasta el océano Atlántico. (En aquellos días, era mucho más fácil y rápido transportar mercancías por agua que por tierra.)

La nación también precisó sus fronteras con razonable éxito.

Cuando Monroe ocupó la presidencia, Estados Unidos tenía dos vecinos extranjeros: Gran Bretaña, que dominaba Canadá al norte, y España, presente en Florida y México al sur. Cabría pensar que Gran Bretaña debía de ser la más inquietante, ya que era la más fuerte de las dos potencias y acababa de finalizar una guerra con ella. De hecho, después de la guerra, parecía a punto de comenzar una carrera en la que Estados Unidos y Gran Bretaña intentarían superarse mutuamente en lo relativo a la militarización de los Grandes Lagos y el lago Champlain. La perspectiva parecía ser la de una frontera intensamente fortificada, sumamente costosa para ambas naciones, y que daría origen a frecuentes incidentes militares y amenazas de guerra.

Afortunadamente, ni Estados Unidos ni Gran Bretaña deseaban estos riesgos, y que ello no ocurriera se debió en gran medida a John Quincy Adams (Massachusetts, 1767), por aquel entonces embajador americano en Gran Bretaña.



Los Estados Unidos de 1812 a 1822

John Quincy Adams era el hijo mayor de John Adams, el segundo presidente de Estados Unidos. A los 8 años, el pequeño Adams había contemplado la batalla de Bunker Hill, y, en 1781, cuando sólo tenía 14 años, hizo su primer viaje a Europa. Fue embajador en los Países Bajos, durante la presidencia de Washington, y más tarde en Prusia, durante la de su padre.

En un comienzo había sido federalista, pero se pasó al bando demócrata republicano bastante antes de la Guerra de 1812, de modo que no compartió la decadencia del Partido Federalista. Fue embajador en Rusia bajo Madison y luego contribuyó a negociar el Tratado de Gante, que puso fin a la Guerra de 1812. Más tarde fue nombrado también embajador en Londres.

Siendo sin duda el diplomático más competente del país por entonces, y uno de los más competentes de la historia de la nación, Adams promovió la idea del desarme en los Grandes Lagos. A principios de 1816 logró persuadir al gobierno británico de que aceptase este principio. Las negociaciones sobre esta cuestión continuaron en Washington, D. C., cuando Monroe subió a la presidencia.

El secretario de Estado de Monroe era Richard Rush (Pensilvania, 1780), quien había sido ministro de Justicia bajo Madison. Entabló conversaciones con Charles Bagot, el embajador británico en los Estados Unidos, y juntos elaboraron el Tratado Rush-Bagot, que fue aprobado por el Senado el 16 de abril de 1818.

Todo lo que hizo el Tratado Rush-Bagot fue limitar los barcos de guerra que cada nación mantendría en los Grandes Lagos, permitiendo sólo un pequeño número